

acusaba á Inglaterra de proyectos de ataque contra Cádiz y de una invasion en las islas Filipinas, y que en la declaracion que se envió á aquel embajador se acumularon multitud de ofensas é insultos que se decia recibidos de ingleses durante la negociacion, tales como haber reconocido, robado y apresado sus navíos nuestros bageles, haber abierto y despedazado los registros y pliegos de la córte en los mismos paquebotes correos de S. M., haber amenazado los dominios de su corona en América, haber usurpado su soberanía en varias provincias, apoderádose de casas y personas de españoles, y cometido otros muchos escesos y agravios (1). Seguía á esta declaracion la orden para cortar toda comunicacion, trato ó comercio entre los españoles y los súbditos del rey británico.

Peró no dejaba de parecer extraño que tantas acusaciones y quejas se acumuláran de repente, cuando sobre tales y tamañas injurias se habia guardado silencio durante ocho meses de negociaciones. Y es tanto mas notable la resolucion, quanto que coincidía con un escrito dirigido desde París al ministro español

(1) Gacetas de Madrid de 25 y 29 de junio de 1779.—La real cédula que pasó al Consejo comenzaba: «A pesar de los vivos deseos que siempre he tenido de conservar para mis fieles y amados vasallos el imponderable bien de la paz, y á pesar también de los extraordinarios esfuerzos que he hecho en todos tiempos, pero

especialmente en las actuales críticas circunstancias de Europa para conseguir objeto tan importante, llevando hasta el extremo mi moderacion y sufrimiento, me he visto por último en la dura necesidad de mandar retirar de la córte de Londres á mi embajador el marqués de Almdóvar, etc.»

(principios de mayo, 1779) por el embajador conde de Aranda, partidario fogoso de la guerra, en el cual proponia, para el caso en que se agotasen todos los medios de pacificacion, un atrevido plan de campaña (1), sobre la base de reunirse las escuadras francesa y española, que entre las dos compondrian una armada de setenta navíos, que podrian trasportar ochenta batallones y cuarenta ó cincuenta escuadrones con la correspondiente artillería y pertrechos, los cuales desembarcarían cerca de Lóndres; y no pudiendo oponer la Inglaterra sino la mitad de las naves y sobre diez mil hombres de tropas veteranas, el terror que habia de producir la invasion perturbaria al rey, al gobierno, al parlamento y al pueblo, y no habria condicion á que no accedieran, y dentro de Inglaterra sin otros cañones que los de las plumas se conquistarían Menorca y Gibraltar. El plan era tan grandioso y atrevido como todos los del conde de Aranda, y no es aventurado atribuir á influjo de su escrito y de su empeño en la guerra la resolucion que se tomó, y que pareció repentina y no conforme á las anteriores manifestaciones de Floridablanca y del rey.

Tenemos pues á Carlos III. abandonando otra vez el sistema de neutralidad, con tanta constancia y tanta gloria sostenido por su hermano Fernando VI., y de

(1) Titulábase este escrito: tomar otro partido, formada en «Idea para el caso de que la Inglaterra se negase á la mediacion de la España, y ésta hubiese de París á fines de abril de 1779 por el conde de Aranda.»

nuevo comprometido en una lucha con Inglaterra, en union con Francia, bien que ya no en virtud del Pacto de Familia, que aunque formalmente no abolido, tampoco lo encontramos como en otro tiempo invocado, ni aquella estipulacion tenia en Floridablanca, aleccionado por sus fatales frutos, el patrono entusiasmado que habia tenido en Grimaldi. Lo que habia hecho, y continuó haciendo Floridablanca, fué prevenirse para todo evento, asi en los preparativos interiores para la guerra que podia sobrevenir, como en las alianzas y tratos con otras potencias, antes y despues de tomada la resolucion de pelear <sup>(1)</sup>. El mensaje del rey de Inglaterra á las cámaras con motivo de la retirada del embajador español y de la declaracion de su gobierno, se publicó por suplemento á la Gaceta de Madrid <sup>(2)</sup>, con notas marginales, aclarando ó contradiciendo el contesto de aquel documento.

En honor de la verdad no deja de admirarnos el

(1) Escusado es decir que el historiador inglés citado saca argumento de todos estos preparativos y arreglos para fundar su acusacion al gobierno español de haber obrado de mala fé en las negociaciones de mediacion, suponiéndolo hecho todo con un designio anticipado. Y asi atribuye á este solo fin la amistad de España con Prusia, las gestiones para calmar el resentimiento pasajero de la corte de Viena con la de París con motivo de la disputa sobre la sucesion de Baviera, y el odio de la Rusia á la de Austria, el haber ayudado á Francia

á sostener la rivalidad mercantil de Holanda con Inglaterra, el tratado de paz con el emperador de Marruecos, y el ajuste amistoso con Portugal. A todo lo da una sola significacion y un propósito único, aunque algunas de aquellas transacciones fueran completamente ajenas á la cuestion de la América del Norte.—William Coxe, cap. 74 de su Historia.—Nosotros podriamos confirmar tambien con nuevos datos los antecedentes que en impugnacion de aserto tan absoluto hemos sentado.

(2) Del 2 de julio de 1779.

gusto con que se recibió en España esta declaracion de guerra á los ingleses, pues á juzgar por los ofrecimientos que prelados, cabildos, pueblos y particulares hicieron de sus intereses para atender á los gastos y sostenimiento de la lucha, aparece haber sido en su principio casi tan popular como la que se hizo á la misma nacion en tiempo de Felipe V. La villa de Alcalá de los Gazules, los pueblos del valle de Salazar de Navarra, los de Sanlúcar de Barrameda y Jerez, se ofrecieron á dar gratuitamente las maderas de sus términos para construccion de buques. Cabildos y ayuntamientos brindaban con gruesas sumas de sus rentas ó propios. Sevilla y Granada, en dos representaciones que dirigieron á S. M., ponian á su disposicion sus personas y caudales y los de sus ayuntamientos. El consulado y comercio de Cádiz armaba á sus espensas veinte naves para el corso. El marqués del Vado, vecino de Málaga, ponía á los pies del rey su persona, su familia y todos sus bienes. El marqués de San Manceés de Arás, el coronel don Manuel Centurion, don Juan Antonio de los Heros, diputado de los Cinco Gremios mayores, daban el ejemplo, seguido después por muchos, de aprontar con el mayor desprendimiento, el uno un donativo de centenares de olmos de su hacienda, el otro de cien mil arrobas de vino de su cosecha, con mil reses vacunas, el otro una cantidad de trescientos mil reales, el otro un legado de treinta mil ducados, y asi otros á este tenor, todo con destino á los gastos de la

guerra. Y hasta las damas gaditanas pedían permiso para armar y mantener á su costa un navío de gran porte para hacer corso contra los enemigos <sup>(1)</sup>. Iguales ó parecidas ofertas siguieron haciéndose en lo sucesivo por ciudades, villas, corporaciones y particulares de todos los estados y clases de la sociedad <sup>(2)</sup>.

Una vez resuelta la guerra, convínose en que se reunirían las escuadras francesa y española para comenzar la campaña. Componíase aquella de treinta y dos navíos de línea, de treinta y cuatro la española, con igual número de fragatas de una y otra parte: no pasaba de treinta y ocho la del almirante inglés Hardy, y no en el mejor estado, diseminados sus buques por todos los mares <sup>(3)</sup>. Pocas eran también las tropas disponibles de Inglaterra, y éstas en su mayor parte compuestas de milicias y reclutas, mientras que en las costas de Francia se reunía un ejército de cincuenta

(1) Gaceta de 17 de agosto de 1779.

(2) En la Gaceta de 3 de setiembre se puede ver los que hicieron las ciudades de Murcia, Alicante, Cuenca y otras, la real Maestranza de Granada, un inquisidor de Zaragoza, un vecino de Arenas de San Pedro, etc.—La del 17 contiene los ofrecimientos de Burgos, Valencia, Trujillo y Marbella, los del ayuntamiento, vecindario, comerciantes y operarios de Barcelona, los de los marqueses del Castillo de Torrente, de Campo Real, de Solle-rich, etc.—Así por este orden las sucesivas.

(3) Leemos en la Gaceta de Madrid de 17 de agosto la siguiente curiosa noticia acerca de las fuerzas marítimas de Francia é Inglaterra. «Cotejado, dice, el estado actual de la marina real británica con la francesa respecto del que tenían entre sí á principios de la última guerra, resulta que entonces (en setiembre de 1775) la inglesa consistía en 213 velas (que eran 140 mas que la enemiga), y ahora al contrario la francesa consta de 435, que son 83 mas que la británica, cuya superioridad se hace formidable, atendida su union con las fuerzas respetables de España.»

mil hombres con suficientes buques de transporte. No era fácil á la Inglaterra poder resistir á las dos naciones aliadas, y el temor de un desembarque traía azorado á todo el pueblo británico, quebrantado también por intestinas discordias. Desde el puerto de Brest se hizo á la vela el almirante francés Orvilliers con sus treinta y dos navíos en dirección á las costas de España. Debía incorporársele en el Ferrol con una flotilla don Luis de Arce, mas el marino español no lo hizo, alegando primero serle contrarios los vientos, y disculpándose mas adelante con ciertas dudas sobre cuestión de preeminencia en el mando. Dirigióse entonces el almirante francés á Cádiz, donde le esperaba el teniente general don Luis de Córdoba con mas de treinta navíos de línea, y bastantes fragatas y buques menores, y por último se le agregó la pequeña escuadra del Ferrol, con lo que partió toda la armada reunida para el canal de la Mancha.

«Jamás, dice un escritor inglés, desde los tiempos de la famosa *Armada Invencible*, se habían visto las islas británicas amenazadas por una expedición tan formidable, y rara vez estuvieron menos preparadas para sostener una guerra marítima.» Y en efecto, al decir de otro historiador extranjero, el abastecimiento de las plazas marítimas se había descuidado de tal modo, que al aparecerse la escuadra combinada (agosto, 1779) no había en el puerto de Plymouth ni balas de cañón, ni piedras de fusil, ni municiones, «y si hu-

biera sido cañoneada habría tenido necesariamente que capitular.» Opinión era de los españoles apresurar el desembarque, antes que los ingleses se repusieran del susto, y sin darles tiempo á prepararse á la resistencia. Pero fuese que el almirante francés tuviera el pensamiento de destruir ántes la escuadra inglesa, ó que se propusiera solamente entretener las fuerzas de la Gran Bretaña para que no pudiera acudir á la guerra de América, el resultado fué que despues de cruzar ostentosamente por delante de Plymouth, los impetuosos vientos de Levante obligaron á los aliados á navegar la vuelta de las Sorlingas, á cuya vista permanecieron sin poder evitar que la escuadra inglesa de Hardy, tan inferior en fuerza, entrara en el Estrecho, y sin poder utilizar su superioridad: de modo que cuando quisieron perseguir á Hardy, aun forzando velas no pudieron impedirle ganar el puerto de Spithead y ponerse á salvo. La pérdida de un tiempo tan precioso, el miedo á la proximidad de las tempestades equinociales, las enfermedades que la mala calidad de los comestibles y el desaseo de los buques produjeron en tripulantes y soldados, en términos de llegar ya á doce mil los enfermos, la cuarta parte españoles, obligaron á unos y otros á regresar á Brest (de 12 á 14 de setiembre, 1779), en un estado de lamentable deterioro, sin otro trofeo que la captura del navío *Ardiente* de sesenta y cuatro cañones, y eso porque su capitán se metió por equivocacion entre la escuadrilla ligera francesa.

Tan deterioradas llegaron las escuadras, que pasaron meses antes que pudieran volver á salir al mar <sup>(1)</sup>.

Desde este revés no pudo ya haber buen acuerdo entre las dos naciones aliadas, y esta falta de armonía, oculta bajo una aparente fraternidad, fué en aumento con motivo de negarse Francia á prestar su apoyo para la recuperacion de Gibraltar, de Menorca, de la Florida, y para la invasion de la Jamáica. Habia en efecto Carlos III., de cuya mente no se apartaba nunca el pensamiento de la reconquista de Gibraltar, dispuesto desde fines de julio el bloqueo por mar y tierra de aquella importantísima plaza. Mandaba las fuerzas navales el veterano y célebre marino don Antonio Barceló; las de tierra, que ascendian á cerca de catorce mil hombres, el teniente general don Martin Alvarez y Sotomayor. Defendia la plaza lord Elliot, conocido por su serenidad imperturbable, con menos de dos mil soldados. En apuro tenian ya los españoles la guarnicion inglesa, y para impedir los socorros que el almirante Rodney se preparaba á llevar á los sitiados, cruzaba el Estrecho con once navíos el gefe de escuadra don Juan de Lángara. A mayor abundamiento se convino entre las dos córtes que se destinarian cuarenta navíos de

(1) «Relacion de la campaña de las ocurrencias diarias en la de mar del año de 1779, escrita armada del Excmo. señor don Luis por Mr. Rosch.»—Memoria del de Córdoba, en la campaña de conde de Floridablanca.—Adolphus, Historia de Jorge III.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Fernan Nuñez, Compendio.—Extracto 1779 contra Inglaterra.—Gaceta extraordinaria de Madrid de 8 de setiembre, y las ordinarias del mismo mes.

los de Brest, mitad españoles, mitad franceses, á interceptar el paso á la escuadra inglesa de Rodney. A activar este plan y combinar las operaciones pasó á Brest el conde de Aranda desde París. El proyecto estaba bien trazado, y el éxito no habria sido dudoso sin una série de contratiempos que rápidamente se sucedieron.

Contra los cálculos y datos de Floridablanca, obtenidos por el de Almodóvar del mismo almirantazgo inglés, suministráronse á Rodney mas de veinte navíos en vez de doce que se creia, con los cuales cruzó por delante de Brest antes que la escuadra combinada estuviera lista y en estado de servir para la nueva empresa. En las costas de España encontró y apresó un convoy de quince velas (8 de enero, 1780), que escoltado por un navío de sesenta y cuatro cañones y cuatro fragatas equipadas por la Compañía de Caracas, habia sido espedido de San Sebastian á Cádiz, con gran cantidad de víveres y de provisiones para la marina. Ni uno solo de estos buques pudo salvarse, y aquella importante presa fué el preludio de mayores contratiempos para los españoles.

En tan críticos momentos, cuando la escuadra de bloqueo de don Juan de Lángara, obligada á tomar puerto en Cartagena para repararse de sus averías, pudo volver á su destino, y cuando la de Galicia que mandaba don Luis de Córdoba habia tenido que retirarse á Cádiz despues de padecer mucho en la travesía, soplan-

do furioso el viento y en medio de una cerrada y tenaz llovizna, hallóse Lángara impensadamente sorprendido por la escuadra de Rodney entre Cádiz y el cabo de Santa María, avanzando las naves inglesas como en media luna para rodear las suyas (16 de enero, 1780). Borrascoso el tiempo, alterado el mar, próxima la noche, y muy superior en fuerzas el enemigo, mandó Lángara volver proas hácia el puerto con acuerdo de los gefes de los demas buques. Adelantáronse y se alejaron los mas veleros; mas siguiéndole Rodney, á quien el viento favorecia, y viendo inevitable el combate, se aprestó á sostener con los pocos que le quedaban una heroica lucha, que heroica fué por cierto. Empezó ésta á las cuatro de la tarde, y duró ocho horas en medio de una horrorosa tempestad y de una noche profundamente oscura. En el principio de la accion una llamarada alumbró de pronto el navío *Santo Domingo* de sesenta y cuatro cañones, que habia perdido el palo mayor por un golpe impetuoso de viento: á los pocos instantes el navío desapareció sumergido en las olas. Fuerzas triplicadas inglesas cargaron entonces sobre cada uno de los buques españoles: el *Princesa*, el *Diligente*, y á su ejemplo los demás, se defendieron maravillosamente cada uno contra tres ó cuatro navíos enemigos. Cuatro rodearon y embistieron el *Fénix*, que montaba Lángara, y mas de seis horas se defendió vigorosamente este valeroso marino, hasta que perdido el palo mayor y el de mesana, herido él mismo en la

cabeza y en un muslo, perdido el sentido por algunos instantes, hallóse rendido y prisionero. Diez horas resistió á ataques igualmente rudos el *San Julian*, último que se rindió, herido su gefe el marqués de Medina no menos lastimosamente que Lángara.

Pero un incidente extraño hizo que este valeroso capitán hiciera prisioneros á los mismos que le apresaron á él. Los oficiales y marineros ingleses del *Real Jorge* que se apoderaron de su navío, se vieron tan perdidos en aquella noche terrible sin conocimiento de la costa, que tuvieron que apelar al experimentado marino español para que los sacara á salvo de situación tan apurada. El marqués puso por condicion que se habian de hacer sus prisioneros, á lo cual ellos accedieron á trueque de salvar sus naves y sus propias vidas. De esta manera entraron en Cádiz los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, llevando los vencidos prisioneros á sus mismos vencedores. Todos los capitanes, dice el historiador inglés, sostuvieron con denuedo el honor de la bandera nacional, pero nada pudo compararse á la defensa del general en gefe. Rodney y todos sus oficiales colmaron de elogios á Lángara y á la oficialidad española; y Carlos III., á pesar de la derrota, comprendiendo todo el mérito de aquella brillante defensa, ascendió á Lángara al empleo de teniente general, al de gefe de escuadra al brigadier don Vicente Doz, á los demas á los grados inmediatos, y

otorgó pensiones vitalicias á las familias de los que perecieron en el *Santo Domingo* <sup>(1)</sup>.

Dueño Rodney del Estrecho, socorrió á los sitiados de Gibraltar, malográndose de este modo otra vez el siempre malhadado cerco de aquella fortaleza, envió cuatro navíos con refuerzos y víveres á Menorca, despachó otros á cargar de granos y ganados en Berbería, y reparó todos sus buques, incluso los españoles apresados.

A pesar de lo dolorosa que fué esta desgracia á Carlos III., no por eso desmayó su espíritu, que siempre el monarca español habia hecho ver al mundo, como dice un historiador italiano, que nunca se mostraba mas firme que despues de los infortunios. A reparar las consecuencias de aquel desastre se consagraron él y sus ministros. Lo que hizo fué negarse á cooperar con Francia á otra expedicion contra Inglaterra, y dar orden á su escuadra para que no se apartara de las costas de la península. Y con razon: porque al modo que á los principios de febrero se presentó ya en las aguas de Cádiz don Miguel Gastro con veinte navíos españoles de los de Brest reparados, y con solos cuatro franceses, bien pudieran haber estado dispuestos otros tantos de los de aquella nacion; y juntos habrian po-

(1) Relacion del combate del dia 16 de enero de 1780, hecha por el marqués de Medina, comandante del navío *San Julian*.—Parte del almirante Rodney sobre el combate con Lángara.—Beccatini, Vida de Carlos III. libro IV.—Gaceta del 25 de enero de 1780.

dido batir á Rodney cuando de Gibraltar hizo rumbo para las Indias Occidentales. Allá envió también Carlos III. para asegurar sus posesiones del Nuevo Mundo al gefe de escuadra don José Solano, con doce navíos de línea y ocho fragatas, escoltando un convoy de cuarenta y dos embarcaciones, con el cual se dió á la vela desde Cádiz (28 de abril, 1780). Que ya el ejemplo de las colonias anglo-americanas comenzaba á hacerse sentir en las españolas. Solano logró llegar sin tropiezo burlando la vigilancia de Rodney que intentaba cortarle el paso, y allá se incorporó con el almirante francés Guichen cerca de la Dominica.

Dijimos que meditaba el gobierno español cómo reparar las consecuencias del desastre de Lángara, y no tardó en presentarse á Floridablanca una ocasión de vengarse de los ingleses. Con noticia que tuvo por conducto confidencial de que dos flotas con víveres y mercancías para las dos Indias estaban á punto de salir de Inglaterra escoltadas por una pequeña fuerza, concibió el proyecto de apresarlas al separarse á la altura de las Azores; y como á la sazón desempeñara interinamente el ministerio de Marina, escribió de su propio puño y transmitió por espresos despachos á la ligera órdenes reservadas y apremiantes para que don Luis de Córdoba que cruzaba entonces el Estrecho saliera con su escuadra á darles caza. Partió pues Córdoba á todo trapo con el ansia de agarrar la presa, y la fortuna coronó sus deseos y los del ministro cumpli-

damente. A la primera hora de la mañana del 9 de agosto (1780), cuando descuidadamente navegaban á la dicha altura del mar las flotas británicas, no sospechando siquiera que pudieran andar por allí naves españolas, encontráronse envueltas y encerradas por diez y seis navíos. Sorprendidas con tan impensada aparición, no tuvieron tiempo para revolverse, y ambos convoyes, compuestos de mas de cincuenta embarcaciones, cayeron enteros en poder de los navíos de España, salvándose solo con trabajo un navío y dos fragatas de la Escolta, el *Ramiliers*, la *Tetis* y la *Southampton*. Soldados, tripulaciones, armamentos, vestuarios, víveres y mercancías, todo cayó en poder de los españoles. Calculóse en un millon de duros el valor de lo apresado. «Jamás, dice un escritor inglés, habia entrado tan rica presa en el puerto de Cádiz.» Su importancia subia de punto por el apuro y miseria en que habian de verse los establecimientos ingleses de las Indias á que iba destinada <sup>(1)</sup>.

Con tanta celeridad se comunicaron á América los avisos de haber sido declarada la guerra, que pudieron comenzar allí las hostilidades aun antes que en Europa. En el momento que los franceses y los norte-ame-

(1) Parte de don Luis de Córdoba, en la Gaceta de 29 de agosto de 1780.—Memorial del conde de Floridablanca presentado á Carlos III. y repetido á Carlos IV.—Beccatini, Vida de Carlos III. lib. IV.—William Coxe, España bajo los Borbones, cap. 71.—En la relacion que envió don Luis de Córdoba se espresan los nombres de las fragatas, bergantines y paquebotes apresados, en número de 52, con el cargamento de cada nave, y el número de hombres y mugeres, así de tropa, como de equipage y pasajeros.